

Zygmunt Bauman (2010). *Confianza y temor en la ciudad. Vivir con extranjeros*. Barcelona: Arcadia.

Lukas Romero-Wenz^a

Este libro de Bauman es un compendio de tres ensayos en torno a la problemática de la convivencia con extranjeros en las ciudades actuales, dentro del contexto de la globalización. En los tres se trata el tema del miedo a la diferencia, así como el reto que supone superar ese miedo al diferente (*mixofobia*), fomentando la actitud de fascinación que toda diferencia produce junto a dicho miedo (*mixofilia*). Bauman hablará de crear espacios de encuentro que reviertan la tendencia actual de encerrarse en *ghettos* de “iguales”, tendencia provocada por el miedo a la diferencia pero que actúa como círculo vicioso, retroalimentando el temor que el extranjero produce. Todo el libro gira en torno a identificar las causas del temor al extraño, así como la necesidad de abrir el

diálogo y descubrir la riqueza del encuentro con el otro, con el diferente.

Su primer ensayo es el que da el nombre principal al trabajo: “Confianza y temor en la ciudad”. En él, Bauman parte de constatar que el sufrimiento del ser humano, y la inseguridad que el anuncio de este provoca, tiene causas naturales (la supremacía de la naturaleza y la propia mortalidad), pero también sociales (la insuficiencia de nuestros métodos sociales para regular las relaciones humanas). Estas últimas causas, aparentemente más susceptibles de modificación que las naturales, devienen en inseguridad y en un esfuerzo por protegernos de los efectos adversos de vivir en sociedad.

Vivir en sociedad, en definitiva, con otros, es vivir en un entorno impredecible.

^a Personal Investigador en Formación (PIF) con beca ACIF (Fondos Sociales Europeos) concedida por la Generalitat Valenciana.

E-mail: lukas.romero@uv.es



Y esto sobre todo a partir de la modernidad, en la que la idea de autonomía individual se sumó al debilitamiento de las relaciones sociales que existían y proporcionaban seguridad en la Edad Media. En la transición a la modernidad, el mundo del individualismo dejó desprotegidos a los no poderosos. El individuo moderno sustituyó los lazos sociales premodernos por otros constructos, como la asistencia social del Estado o los sindicatos, con la idea de protegerse. Pero al llegar la globalización estas instituciones se vuelven ineficaces, por ser locales. La xenofobia surge precisamente como reacción defensiva que busca mantener esa protección social del modelo de estado asistencial, y cuya viabilidad el inmigrante amenaza.

Junto a eso, Bauman nos habla del regreso de las clases peligrosas. La clase peligrosa original la constituyeron los sectores que, en la Revolución Industrial, se volvieron obsoletos y quedaron fuera del sistema económico. Eran masas de gente “por integrar”. La actual clase peligrosa, en cambio, son masas de gente declarada inadmisibles. No están por integrar, sino que son superfluos. La primera clase peligrosa se veía con carácter transitorio, eran desempleados, es decir, que por una coyuntura no tenían empleo por un tiempo. La nueva clase peligrosa, los desempleados, están a un paso de caer en ser “desclasados” (*underclass*), que son quienes están excluidos de forma irrevocable.

Dando un paso más en el análisis de la ciudad, Bauman señala que las actuales ciudades se dividen en dos estamentos: el superior son los privilegiados, dueños del ciberespacio y con vínculos débiles con el territorio en que habitan. Están allí, pero no “son de ahí”. El estamento inferior es exactamente el contrario: el de quienes no tienen más remedio que arraigarse porque están fuera de esa red mundial de comunicaciones. Sin embargo, estos dos mundos no son estancos. Muchas cuestiones locales provienen de problemas de la globalización. Así, las ciudades tienen el reto de dar soluciones locales a problemas globales: las cuestiones de contaminación o amenazas de terrorismo son ejemplos de ello. La relación con el propio territorio, aunque pueda ser más laxa en los estamentos superiores, nunca desaparece.

Las ciudades son, en este sentido, vertederos de problemas globales, a los que se ha de buscar soluciones locales. Y a esto se añade otra problemática: las ciudades están repletas de desconocidos que conviven, lo cual añade una enorme incertidumbre a las relaciones sociales. Ante esa incertidumbre, aparece la tendencia que Bauman va a criticar fuertemente: los privilegiados, los “dueños del ciberespacio”, que no podían desvincularse completamente de su ciudad, crean barrios vallados y vigilados para no tener que encontrarse con el diferente. El urbanismo de la seguridad también se extiende por los edificios y zonas públi-



cas: la tendencia es a crear espacios no acogedores, pensados para ahuyentar a los intrusos o evitar que se detengan.

Bauman explica que esas tendencias arquitectónicas y urbanísticas son manifestaciones de *mixofobia*, de miedo a mezclarse con las personas diferentes de las ciudades globalizadas, buscando el encuentro exclusivamente con los iguales. Esto es pernicioso porque, en la medida que se desaprenden las habilidades de convivencia, se hace más difícil estar con el diferente, lo cual aumenta el miedo y agudiza la búsqueda de espacios “seguros”, generando un círculo vicioso. Para romperlo es necesario fomentar la *mixofilia*. Lo extraño y diferente no solo genera miedo, sino también fascinación. Las ciudades globalizadas no solo repelen por su variedad, sino que implica, además, atracción. Bauman concluye el ensayo sugiriendo un urbanismo que apueste por “espacios de encuentro” hospitalarios con todos, que hagan que los diferentes se encuentren y aprendan recíprocamente. Así, conociéndose y comprendiéndose, se puede convivir y permitir que el impulso mixofílico venza al mixofóbico.

El segundo ensayo es “En busca de refugio en la caja de Pandora”. En él, Bauman comienza hablando de la seguridad: la impresión de caos del mundo globalizado ha hecho de la seguridad un negocio y un valor en alza, de tal manera que el mercado económico y el político hacen continuamente referencia a la

seguridad para lograr que se acepte lo que tienen por ofrecer.

Uno de los sitios donde históricamente se ha buscado seguridad ha sido la ciudad, que originalmente estaba fortificada precisamente para poder proporcionar dicha seguridad, para poder dividir al “amigo” del “enemigo”. Sin embargo, las ciudades acogen tal cantidad de personas que, lejos de proteger de los peligros, parecen generarlos. Ya no hay “amigos dentro” y “enemigos fuera”: las ciudades están conformadas por amigos, enemigos y extranjeros misteriosos difíciles de clasificar. Bauman vuelve a hablar del barrio fortificado como la reacción más normal frente a ello: el levantamiento de una nueva muralla que vuelva a delinear los límites de “nosotros” y “ellos”, dentro de la misma ciudad. También el diseño de edificios públicos y de oficinas recuerda a fortalezas que, más que integrarse en el paisaje urbano y acoger a quien quiera pasar por ahí, parecen constituir una defensa frente a la ciudad y su proliferación de diferentes, o un lugar de paso donde no se puede uno detener. En este sentido, Bauman señala la urgencia de una institución que proteja el espacio público y lo diseñe para resultar acogedor, para que pase de verdad a ser “público” en el sentido de que acoge a todos, y no ser meramente el espacio que queda entre un local privado y otro.

Volviendo sobre los sentimientos encontrados en la diferencia, que nos



provoca a la vez atracción y repulsión, Bauman dice que el espacio público es el lugar paradigmático para dicho encuentro. Por ello puede resultar inestable, pero también es donde más fácilmente la atracción puede desbancar a la repulsión. Así, en su conclusión propone un “urbanismo integral” que refuerce la comunicación, relación y celebración, para que esa victoria de la atracción pueda darse y podamos disfrutar de la diferencia en nuestras ciudades sin que nos provoque temor.

El último ensayo, que subtítulo el libro, es “Vivir con extranjeros”, y retoma los mismos puntos que los dos anteriores, aunque con matices interesantes. El punto de partida de Bauman es la diferencia. Reflexiona en torno a la necesidad de trazar fronteras, señalando agudamente que la justificación de la frontera es la necesidad de protegerse frente a los peligros e inestabilidades, hoy en día especialmente provocados por el fenómeno de la globalización. Acotamos un lugar confortable y bajo control en medio de un mundo hostil y amenazador. Por eso, los extranjeros que deciden cruzar las fronteras sin haber sido invitados se vuelven representaciones y encarnaciones de esa amenaza.

Bauman vuelve sobre el punto, ya tratado en el ensayo primero del libro, de cómo las ciudades son vertederos de problemas globales a los que tienen que dar soluciones locales. En ese contexto, explica que uno de esos problemas es el inmigrante: aquel que, por la globaliza-

ción económica, se ve incapacitado para mantener el estilo de vida y la forma de mantenerse que heredó de sus padres, y ha de moverse para encontrar un medio de subsistir. Sin embargo, al llegar a nuestras ciudades, dichos inmigrantes se perciben y se clasifican fácilmente como “gente superflua”, inútil, gente no susceptible de ser explotada económicamente de forma rentable, y que lo mejor sería que no estuviera. La globalización económica produce beneficios a costa de hacer el sistema más racional y eficiente, pero los que no pueden adaptarse a dicho sistema son declarados superfluos. Al inicio de la modernización, cuando las formas económicas capitalistas se reducían aún a pocos lugares con respecto a la totalidad del planeta, estas personas superfluas podían emigrar a alguna zona donde poder volver a empezar. Pero esto se ha acabado al avanzar la globalización: las formas capitalistas ya no están localizadas en unos pocos lugares, produciendo gente superflua exclusivamente en ellos. Ahora están a lo largo y ancho del globo, y por todas partes producen gente superflua que se ve compelida a moverse a ciudades enormes, ciudades no exentas de su propia gente superflua.

La gente no rentable en la globalización económica entra así con facilidad en la categoría de *underclass*, desclasados (término que Bauman ya había usado en el primer ensayo). En la economía capitalista, esta gente no tiene nada que ofrecer: ni tienen trabajo ni son consu-



midores de mercancías especialmente beneficiosas; más bien consumen mercancías básicas, que requieren subsidios y ofrecen pocas ganancias.

La aparición de estos *underclass* en las ciudades es otra de las razones para la necesidad de alzar muros. Estos muros son las formas urbanísticas y arquitectónicas ya comentadas y denunciadas en los ensayos anteriores: formas de urbanismo y arquitectura pensadas para proporcionar una burbuja de iguales con barrios cercados y urbanismo hostil en vez de hospitalario. Bauman vuelve a señalar esta tendencia urbanística como manifestación de la mixofobia, y señala la ciudad como un campo de batalla donde se enfrentan dos sentimientos encontrados: mixofilia y mixofobia. Así, defiende un urbanismo que alimente los sentimientos mixófilos, de fascinación por la diferencia, y desaliente los mixófobos. Y termina indicando la importancia de que las ciudades sean un laboratorio donde todos podamos aprender y entrenar, en el trato diario con nuestros conciudadanos, las actitudes y virtudes que nos permitan convivir en este mundo globalizado, respetando e incluso celebrando las diferencias.

Ya al final del libro, Bauman señala que la diferencia entre el hombre y el animal consiste precisamente en la compasión y la ayuda que nos brindamos los unos a los otros. En la sociedad, al contrario que en el rebaño, sostenemos a los “inservibles” y les ayudamos a vivir. Bauman considera, y no podría estar más de acuerdo, que trasladar al ámbito de la globalización esas actitudes compasivas es una tarea urgente, empezando por entrenar la convivencia en nuestra casa, nuestra ciudad, ahora mismo. Algo que yo añadiría a las palabras de Bauman es que no solo el urbanismo debe cambiar para generar ese espacio hospitalario en las ciudades: también la economía debería ser revisada para evitar que, en el nombre de la eficiencia económica, se pueda clasificar a un solo ser humano como superfluo. Una mayor eficiencia económica no es útil si lo que genera es beneficio para algunos y marginación para otros. La necesidad de transformar el urbanismo para volver la ciudad acogedora se me sugiere paralela a la necesidad de redefinir la economía para que también esta resulte acogedora con todo el mundo, de tal manera que se le prive de la posibilidad de generar desclasados.



Zygmunt Bauman (2008). *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Barcelona: Gedisa.

Juan Bautista Peris Roig^a

En apenas 30 páginas, Bauman nos narra las vicisitudes por las que atraviesa la ya difícil relación entre cultura y educación dada la “inundación” que padecen ambas dimensiones sociales a raíz de la modernidad líquida.

Un texto que sabe a poco y que se entiende mejor si nos hemos iniciado ya en el universo líquido de Bauman. Un universo que, bajo el presupuesto de una sociedad que no fomenta el aprender “a fuego lento”, teniendo en cuenta la tradición y su necesario aporte a lo que debería ser el sustrato cultural de la sociedad, construye a las personas según el molde del “consumidor”, con lo que representa de pérdida de referencia total, abocando al individuo a los vaivenes de una “sociedad-mercado” donde hasta la identidad se puede comprar.

En un primer momento nuestro autor afirma cómo la espera (y tal vez la esperanza) ha sido fulminada de nuestra vida cotidiana. Con ejemplos de la vida cotidiana constata cómo la necesidad de satisfacer de manera urgente e inmediata ha eliminado de nuestro contexto vital la espera. Es un “error”, una contingencia que se debe solucionar, una deficiencia que se convierte en intolerable en nuestra sociedad, que sufre del “síndrome de la impaciencia”: “Esperar se convierte en una circunstancia intolerable”. Esperar se convierte en pérdida. Algo que tarda no es excelente. Los atajos, la inmediatez, son un prurito que se ha instalado en la vida del ser humano, que ve en la rapidez un distintivo de calidad innegociable.

^a Graduado en Filosofía y Licenciado en Estudios Eclesiásticos. Director del Colegio Salesiano San Juan Bosco.

E-mail: juan.peris@salesianos.edu



Junto a la incapacidad de esperar, de forma inherente diría yo, se encuentra la falta de compromiso duradero. El tiempo ya no es oro, es un ladrón, un fastidio, “algo” que, si se puede evitar y dejara de ser una molestia, mucho mejor. “Vivir rápido”. El paso del tiempo trastoca los planes del nuevo ciudadano líquido al que le gustaría inhibirse de esta “mala suerte” que es el tiempo.

Justamente lo efímero cobra tal protagonismo que en nuestra sociedad “la solidez de las cosas”, de los vínculos humanos, la lealtad, el compromiso, la obligación... adquieren tal valor negativo que implican una (supuesta) pérdida de libertad y de felicidad para el ser humano. La pasión de nuestro mundo ya no es tener muchas cosas, sino poder descartarlas y adquirir unas nuevas. El consumismo actual se define “por el breve goce de esas cosas”.

Y así de esta manera Bauman nos lleva a colegir con él que el conocimiento actual “se ajusta al uso instantáneo”. El conocimiento sometido a las leyes de mercado se convierte en una mercancía cuyo deber es perder “valor” rápidamente para que otro conocimiento ocupe su lugar. Las versiones nuevas, mejoradas, 2.0, 3.0 denotan la caducidad velocísima de su ser. La frase de otras generaciones “nadie podrá quitarte lo que has aprendido” se convierte en una amenaza en nuestros días. Nadie quiere nada para siempre. Y el conocimiento no se escapa de esta valoración que hace nuestro autor. Este es el primero de los retos que

nos ofrece Bauman y que tiene la educación: lo efímero.

El segundo, el denominado “cambio contemporáneo”, es una consecuencia del primero. Si el conocimiento pretende ser una representación de nuestro mundo, se hace hartamente imposible esta empresa, ya que no hay rastro de ninguna inmutabilidad que permita ninguna pedagogía, aprendizaje o educación. El mundo sometido a un incesante devenir, fluctuante y enloquecedor, genera nuevos lenguajes, nuevos conceptos que suponen cambios en los distintos marcos cognitivos y que convierten en misión imposible cualquier aprendizaje. En la industria, en el comercio, en las finanzas... se utilizan términos que denotan esa fluidez ambigua, elástica, compleja, múltiple. Palabras como *redes*, *equipos*, *coaliciones*, *culturas o influencia* huyen de otras que significan solidez.

Se presenta como gran valor las organizaciones o las empresas que son capaces de alterar su esencia de forma rápida para adaptarse a los nuevos tiempos. Ante un mundo cambiante, caótico, solo se deben crear organizaciones capaces de amoldarse a esos cambios. De estructura poco firme, ambiguas, con aire incierto. Se necesitan empresas con un ideario poco estable, fácilmente alterables y nada sólidas. Así, de esta forma, el conocimiento que se demanda para trabajar en este mundo líquido no es necesario que esté basado en un saber profundo, de un pensamiento sosegado y crítico... Si quieres sobrevivir



debes moverte con la rapidez suficiente y venderte a la velocidad máxima, que es la tabla de salvación que este mundo líquido te ofrece. Nuestro autor emplea la imagen del surf para apuntar esta idea de lo ligero del asunto: “andar es mejor que estar sentado, correr es mejor que andar, y hacer surf es mejor que correr”.

Con esta aceleración continua no hay espacio para la búsqueda de una verdad “para toda la vida”. Es más, el conocimiento pasa a ser desechable, inconsistente en cuanto aparezca la próxima ola con contenidos nuevos. Contenidos que sustituyen a los anteriores. No hay un aprendizaje sumativo.

Nuestro autor hace referencia a un filósofo francés, Dufour, que últimamente ha seguido la estela de los pensadores que afirman que el cambio posmoderno ha dejado sin relatos fundadores al individuo, por lo que la construcción de su identidad se queda sin la narración precisa y, por lo tanto, a expensas de que “el mercado” se adueñe de los individuos y reescriba su esencia. El liberalismo actual como padre de lo amoral.

En este sentido, Bauman cita un artículo de *Le Monde Diplomatique* donde afirma que el capitalismo desea ampliar su territorio no solo a lo ancho, abarcando todos los objetos, sino también procura expandirse en profundidad “a fin de abarcar los asuntos privados, alguna vez a cargo del individuo (subjetividad, sexualidad...) y ahora incluidos en la categoría de mercancía”. También la educación y el saber en sí. Un saber

que siempre llevará apellido: “savoir etre, savoir vivre”; el saber a secas ha desaparecido. La sabiduría, o está validada por el mercado y tiene una utilidad clara que promueva la compraventa de cualquier elemento, o se considera una pérdida de tiempo.

Ni que decir tiene que todo lo dicho hasta ahora “va en contra de la esencia de todo lo que representaron el aprendizaje y la educación a lo largo de la mayor parte de la historia”. Antes, el conocimiento debía ajustarse a un mundo que debía durar. Aquello que duraba era mejor, era síntoma de excelencia. Una cosa era buena porque la tenías mucho tiempo. Estaba bien hecha porque duraba. En relación con el conocimiento, antaño el aprendizaje se convertía en significativo porque era capaz de “permanecer” en el individuo toda su vida. Por eso la memoria era una necesidad, ya que era el “lugar” donde la información permanecía y podía afectar a la conducta del individuo. El conocimiento entonces se convertía en transformador procesual de nuestra voluntad, o al menos podría hacerlo. En la actualidad la información se halla en servidores (en la nube) y es gestionada por las redes en un ciberespacio, bien lejos del cerebro del ser humano. Esta distancia resulta insalvable. Incluso los que quieren mantenerse fieles a un aprendizaje más tradicional se dan cuenta del cansancio y hastío que supone ir contra corriente. Hubiera sido interesante saber que opinaría nuestro autor frente a las últimas



noticias sobre inteligencia artificial, que se nutre de toda esta información que el humano ha generado y depositado en la “nube” y sirve para confeccionar los algoritmos que, bajo apariencia inocente, se están convirtiendo en los verdaderos marcadores de la realidad virtual o no.

De esta forma, Bauman afirma que en esta mercantilización vital de la que no escapa el conocimiento no hay ni rastro de “costumbres establecidas, marcos cognitivos sólidos”, ni valores estables, ni lealtades ni vínculos inquebrantables... lista formada por los grandes obstáculos para conseguir el éxito. Todo fluye en esta líquida modernidad, amontonándose el conocimiento, generando ingente información donde la cantidad apabulla a la calidad y no hay manera de discernir qué es más importante y prioritario y por qué lo es.

A pesar de admitir que la educación en el pasado ha sabido adecuarse a los cambios que se daban en su entorno, el cambio de nuestra actualidad no es el mismo que el del pasado. La ingente cantidad de información se convierte en un monstruo que se traga cualquier posibilidad de conocimiento reposado, re-

flexión profunda o jerarquización según la importancia del tema.

La propuesta educativa de Bauman va más allá del modelo neocapitalista de estudiar, formarse para encontrar un lugar de trabajo y así formar parte de un sistema basado, no en el ciudadano, sino en el consumidor. Un sistema al que le interesa la ignorancia de las personas para que sean manipulables, infectadas del veneno de las “felicidades”, muchas, variadas, inconsistentes, volátiles y, en esencia, obsoletas en cuanto son aprehendidas. El ciudadano debe recuperar su “espacio público” para ejercer sus derechos en conciencia y sin que se le arrebate la dignidad. Solo de esta manera podrá ser el dueño de sus propias circunstancias.

Y después de la lectura de esta pequeña joya uno entiende con más profundidad las cuestiones que aparecen en otro de sus libros sobre educación. Hablando con propiedad, se trata de un libro donde Bauman contesta a cuestiones y comparte y departe opiniones con Ricardo Maezzo sobre educación y su relación con el mundo líquido. Pero esa es otra historia.



Zigmunt Bauman (2018). *Sobre la fragilidad de los vínculos humanos. Amor líquido*. Barcelona: Paidós.

Ángela Serrano Sarmiento^a

La presente reseña tiene como referente a un gran filósofo contemporáneo, además de sociólogo. Esta combinación entre la filosofía y sociología quizá ha hecho que Bauman dibuje una cosmovisión profunda para explicar los grandes temas que vertebran la posmodernidad, añadiendo una crítica con una dimensión global de lo que le acontece a la persona frente a la sociedad líquida.

Amor líquido es una obra en la que el autor retoma el concepto de “líquido” usado ya en los inicios del siglo XXI en sus obras para calificar la ausencia de certezas como característica de la posmodernidad. El lector ha de saber que el concepto de líquido para Bauman –a riesgo de que mis limitaciones no hagan una definición justa por no abarcarlo en su extensión– hace referencia al fluido cambio constante, a la flexibilidad y

fragilidad de lo que antes se tornaba en sólido.

Bauman deja entrever en sus obras que lo “líquido” es una metáfora de los irrecuperables y continuos cambios que ha sufrido todo aquello que antes se tornaba en certezas. Una vez ubicado este concepto clave del autor, el lector estará preparado para iniciar la lectura de un libro necesario para saber dilucidar aquello que, en palabras del propio Bauman, es la única experiencia que verdaderamente cambia la vida de la persona: *el amor*.

En un momento histórico en el que el amor como valor real parece pasar a un segundo plano, en sociedades cada vez más egoístas, que viven con el vestido del narcisismo en pos de un falso amor propio, que desvirtúa cualquier atisbo de autoestima y que más bien permite

^a Profesora de la Universidad Católica de Valencia. Facultad de Magisterio y Ciencias de la Educación.
E-mail: angela.serrano@ucv.es



dilucidar las miserias humanas, se hace latente sacar un espacio para pensar en la única experiencia que puede hacernos únicos y que, tal como expone Bauman en este libro, es lo que realmente podría constituir la verdadera esencia de *ser humano*. Es ello –y no es vano– la razón que me anima a reseñar una obra tan necesaria en tiempos de escasas certezas.

La obra abarca cuatro capítulos majestuosamente articulados: inicia con la descripción de la percepción individual del amor, con las distorsiones propias de la posmodernidad, y se va ampliando hasta lo que debería ser una visión generosa y social del amor. En cada uno de los capítulos, el autor dibuja las graves distorsiones que genera la posmodernidad en la capacidad de amar, advirtiendo al lector de los espejismos y la traición voluntaria que hacemos al propio acto de amar, so pena de un narcisismo cultural y socialmente transmitido.

En su primer capítulo, Bauman expone la experiencia de enamorarse y desenamorarse. El autor parte de la explicación de cómo el amor da vida al propio sujeto, insuflando en él “su propio funcionamiento”. En el amor como en la muerte –dice– “es imposible que podamos entrar dos veces” (19). El amor es una experiencia que se vive y no puede ser de otra manera; por más que el ser humano busque explicaciones, es imposible identificar las razones o motivos del amor. Sin embargo, en palabras del autor, en la posmodernidad líquida, la

experiencia de enamorarse parece ser un acontecimiento más, que podría repetirse un número incalculable de veces. Esta experiencia es una de las falacias de la percepción equivocada del amor; está en la base actual de lo que el hombre llama “amor”, siendo confundido dicho amor con emociones similares, producto indudable de una necesidad del propio egocentrismo contemporáneo. Esta falsa ilusión, tal como expone Bauman, aumenta y se retroalimenta con cada intento fallido, sumiendo al hombre en una “incapacidad aprendida de amar” (22). Esta incapacidad es el producto de esa contienda constante con el amor, buscando novedades continuas en las que el ser humano intenta no respetar las reglas mínimas del aprendizaje del amor, tal y como son: aceptar lo cotidiano y sus consecuencias, o, en palabras del propio autor, “lo regular y lo contingente” (23).

Para Bauman, el amor es una experiencia mayor que la propia capacidad del hombre, es análogo a la trascendencia, “en todo amor hay al menos dos seres, cada uno de los cuales es la incógnita de las ecuaciones del otro” (24). El amor es un salto a la incertidumbre creadora, citando a Eric Fromm (2016); cuán grande es la capacidad de amar, pero a la vez, cuán raro es encontrar esa capacidad de amar en las personas. E incluye una clara premisa: la sociedad del consumo no está preparada para el amor, ya que sin “humildad y coraje” (25) no hay vía posible para el amor.



El autor expone en este capítulo cómo la fragilidad del hombre posmoderno de conseguir poder, de poseer al otro sin respetar la alteridad y dominarlo, lo introducen en un fracaso absoluto en su capacidad de amar. El hecho de negarnos a asumir la propia responsabilidad de la donación de amar hace que el hombre huya de esta experiencia: “De ahí que la tentación de enamorarse sea tan grande como arrolladora, pero que también lo sea la tentación de la huida” (27).

De igual manera, el hombre se ve preso de su deseo, puesto que el “amor y el deseo son como hermanos mellizos” (27), pero nunca gemelos idénticos. El deseo es un ansia de poseer que destruye; el amor, por su parte, es el yo que se da a sí mismo al objeto amado. El amor intentará perpetuar el deseo; sin embargo, el deseo rehuirá de las cadenas del amor. El amor al que está acostumbrado el hombre posmoderno pide certezas y satisfacciones constantes, fidelidad eterna, de tal manera que el sujeto, incapaz de amarlo, busca continuas sensaciones, frecuentes victorias y emociones cambiantes que se experimentan como pérdidas, al no tener esa moneda de cambio. Estas insatisfacciones propias del adicto del consumo lo llevan a pervertir la experiencia de amar. Una de estas perversiones está en no querer afrontar nunca aquello que nos molesta del otro; la otra perversión es querer cambiar al otro queriendo comprender demasiado.

En el segundo capítulo, Bauman aborda la sexualidad y su papel trascendente en el ser humano, lo que expresa a partir de su función. Es fácil advertir –dice– que el sexo no es casual, implica el anhelo de estar juntos; hace que cualquier ser humano, por consumado y autosuficiente que haya logrado ser en otros aspectos, esté incompleto y necesitado hasta que se una a otro (65). Bauman compara cómo el hombre moderno usa la sexualidad como una adicción, y cómo la ligereza de sus afectos hace que se viva el tener hijos como un drama. Esa huida dramática y confusa hace que se confunda el amor con un sustituto de la soledad y, en esta carrera desesperada y superflua, el hombre cae en su propia trampa. El autor compara la utilización del sexo como sustituto, al convertirse en una adicción, similar al alcoholismo o a la afición a las drogas. Para ello, en su obra, hace un recorrido por las diferentes y diversas percepciones que la sociedad líquida tiene sobre la sexualidad libre, tener hijos y sobre el acto de la paternidad. Explica que el coste real y emocional que se sopesa ante tal experiencia refleja el vacío del hombre, que huye de la soledad desesperadamente utilizando el sexo como una adicción, usándolo una y otra vez y sintiéndose cada vez más frustrado, profundamente frustrado. “La unión es ilusiva y la experiencia del sexo termina inevitablemente por resultar frustrante y autodestructiva, debido a la separación entre unión y amor” (73).



Más adelante, el autor relaciona esta vivencia de la sexualidad distorsionada con la cultura consumista. Dentro de la sociedad líquida, el amor se asemeja a los bienes. Para Bauman, el consumismo actual no consiste en acumular bienes, sino en usarlos y deshacerse de ellos rápidamente tras su uso, para dejar espacio a otros nuevos. El *homo consumens* actual potencia la ligereza y la inmediatez. Por norma, la usabilidad de los bienes es más duradera que la utilidad de estos para el consumidor, lo que impide la variedad y por tanto la novedad. En la modernidad líquida, triunfa quien no está obligado a aferrarse a las utilidades de sus bienes mucho tiempo antes de que el tedio se instale. Con el amor ocurre algo similar, explica: se intenta no asumir el compromiso dada la ansiedad y angustia que esto genera al *homo consumens*, acostumbrado a esa vida de usos y, consecuentemente, se vive la sexualidad como un cúmulo de nuevos y frecuentes episodios separados del amor.

La sociedad moderna evita vivir en comunidad, pero aboga por el contacto frecuente. No es de extrañar entonces que se prefiera todo contacto separado del compromiso. Desde esta perspectiva, la tecnología y, en especial, las redes virtuales, han generado un impacto importante en esta metafísica líquida; por ejemplo, los móviles permiten que quienes están separados se mantengan en contacto, pero a su vez que quienes

están en contacto se encuentren separados y nada se haga conjuntamente (93). Aludiendo a John Urry (2009) en *Guardian Weekend*, las relaciones de *copresencia* siempre implican cercanía y lejanía, pero inclinan la balanza hacia la distancia y, por tanto, se diría –como afirma Bauman– que el logro fundamental de la proximidad virtual es que ha logrado la separación entre comunicación y relación.

En el tercer capítulo se profundiza sobre la experiencia del hombre para amar gratuitamente al otro. La racionalidad individualista impulsa al interés propio y a la búsqueda de la felicidad individual. Aunque el hombre no quiere comprometerse, experimenta la necesidad de ser amado, que es el espejo de haber sido amados antes. Esa experiencia de amarse es una cuestión de supervivencia, clarifica Bauman; lo que amamos de nosotros mismos es la esperanza de ser amados, de que se nos demuestre que somos reconocidos (116). En una majestuosa reflexión, Bauman lleva al lector de la mano para encontrarse racionalmente con una conclusión indiscutible: esa búsqueda del hombre de ser visto no es solo un delirio de grandeza, es la muestra de que, si deseamos verdaderamente ser amados, valorados, o reconocidos, indiscutiblemente ese deseo admite por sí mismo reconocer la unicidad de cada uno y, por ende, de la dignidad humana. Así, afirma: “la negación de la dignidad humana desacredita



la valía de cualquier causa que necesite de tal negación para afirmarse” (120).

Durante el trascurso de este capítulo, el autor realiza una crítica sobre el adormecimiento cultural al que se asiste para reconocer verdaderamente la dignidad. De esta manera, realiza una aguda crítica sobre algunos directores de cine, películas y programas de televisión cuyas obras se consideran muy humanistas, cuando su producto es el embellecimiento de una realidad en la que se acepta pisotear la dignidad de unos para salvar a otras personas que se consideran más aptas. Esa dificultad del amor al otro se refleja en la violencia vivida y percibida con un grado de normalidad aterradora. Bauman explica cómo las personas tendemos a confeccionar nuestras imágenes del mundo con el hilo de nuestras experiencias (126); de esta manera, el hombre aprende a desconfiar del hombre y a deshumanizar el rostro del otro, hasta convertir su relación con él en una competencia donde “el otro” es un obstáculo al camino que cada uno quiere seguir. Así, esa carencia para amar al otro queda acentuada y justificada socialmente. Todo ello apoyándose en Giddens (1995), quien aduce que la relación humana queda reducida a lo que se pueda obtener de ella, para satisfacción de las dos partes.

Como si de marionetas se tratara, el mundo global hace sentir al hombre superior, con espejismos de alcances globales, cuando en realidad el hombre

sigue atado a un margen local. El hombre de la sociedad posmoderna se ve capaz de desplazarse física o virtualmente a miles de millas de donde ha nacido o pervive, capaz de conseguir cada vez mayores logros, capaz de conocer nuevos mundos, pero a su vez incapaz de reconocer al otro. Estas contradicciones impactan al hombre actual, que se percibe en su intimidad como frágil: Bauman revela que el hombre necesita de la proximidad del otro ser humano, porque en realidad es débil y vulnerable, pero ha aprendido a desconfiar del otro, un *otro* que no conoce en realidad. Es esta frustración el engaño moral que atenta contra la verdad.

En las naciones de la sociedad líquida, ante la desconfianza del hombre por el hombre, los espacios físicos se convierten en refugios de sus moradores y “los distritos fantasmas” (término acuñado por Schwarzer, por alusión del propio Bauman), en búnkeres que reflejan la defensa de lo regional, la desconfianza y la exclusión. Finalmente, el autor expresa cómo la estructura de nuestras ciudades favorece la exclusión de unos por la inclusión de otros; inclusión por supuesto supeditada a la percepción de seguridad de quien tenga el poder. La confusa variedad del entorno urbano es una fuente de miedos (157). Así se justifica y se calma la falsa sensación de seguridad en los moradores, justificándose la necesidad de seguridad ante la delincuencia de los de “fuera”,



impulsada por las noticias de los grupos de *Mass Media*.

En el cuarto capítulo, el autor aborda el tema de la xenofobia, donde expone cómo las brumas de lo incierto impulsan al hombre a buscar culpables de sus vaivenes y tribulaciones. Como no podría ser de otra manera, la respuesta está en la delincuencia que viene de la mano de los forasteros. Ante el endurecimiento de la conciencia social, se exige para mantener el equilibrio social el encarcelamiento y deportación de los “de fuera” (165). Así, la modernidad clasifica y categoriza quién puede ocupar ciertos espacios globales, una justificación apoyada en las noticias de delitos, atentados terroristas, etc., que presenta una sociedad caótica y que justifica el desperdicio humano, tipificado así porque, según esta realidad aparente, hay seres humanos que se diferencian de los humanos previstos o planeados por los países, dependiendo de muchos factores, principalmente del valor “útil”.

Bauman, apoyado en Kant, alude a que el único camino posible de orden humano es la *ciudadanía común*, es decir, que la hospitalidad es el precepto supremo que debemos aceptar y obedecer para poner fin a la larga cadena de ensayos y errores que nos han deshumanizado (173). Hannah Arendt —expresa Bauman (176)— señaló que, aunque para todas las generaciones precedentes la humanidad ha sido solo un ideal, en realidad su consideración es una cuestión apremiante de máxima urgencia.

La saturación de la modernidad líquida no solo ha logrado una desintegración física sino que, aún más preocupante, ha constituido la descomposición de las creencias metafísicas y religiosas y, con ello, la aniquilación del atisbo de la esperanza de un futuro para todos.

Los de fuera son relegados a campos de refugiados, mientras que la sociedad líquida, por otra parte y de manera incoherente, vende la idea de una ciudadanía global. Los gobernantes de los países invierten cantidades ingentes de recursos de todo tipo por no aceptar que existen. Los refugiados no solo pierden el derecho a entrar a un país, sino que también han perdido el camino de vuelta. Escondidos y sin solución, sumidos en estancias temporales, dentro de los campos de refugiados pierden su identidad; pero, por si esto fuera poco, se convierten en inimaginables (193). Escondidos en lugares cerrados donde no pueden verse y por tanto imaginarse, ya no solo son intocables, sino impensables. Porque es así, negándoles el derecho a ser imaginados, como desaparecen para que las comunidades “genuinas” puedan seguir construyendo sus imaginarios. Bauman denuncia: “Cabe preguntarse, hasta qué punto los campos de refugiados no son laboratorios en los que el nuevo patrón «permanentemente transitorio» de la vida, propio de la modernidad líquida, se pone a prueba y ensaya” (200).

Finalmente, en esta magnífica obra, Bauman cierra su crítica reflexiva animando a que en todo momento el hom-



bre puede elegir. La historia no está terminada, aduce, y podríamos acercarnos al ideal de comunidad humana. Así concluye su obra, expresando claramente que no ha habido otro momento en la

historia más apremiante para buscar la esencia de la humanidad, aludiendo a que la presencia del otro es la única decisión posible, si de llegar a trascender como humanos se trata.



Zygmunt Bauman (2017). *Vidas desperdiciadas: la modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós.

Josep Sanmartín Cava^a

Vidas desperdiciadas (2004), como todas las publicaciones de Zygmunt Bauman, es clara, profunda y sintética. Destaca del libro el retrato certero que ofrece de las víctimas del mundo contemporáneo y su “papel” en las sociedades de consumo. Junto a este ensayo también conviene leer *Trabajo, consumismo y nuevos pobres* (1998), donde el autor adelanta las razones del fracaso humanitario y sus consecuencias sociales, situando las razones históricas del libro que aquí se reseña.

Un concepto clave de *Vidas desperdiciadas*, que concreta el espíritu de la obra, es el de “desclasados” o “individuos *déclassés*”, que Bauman toma de la obra de Stefan Czarnowski *Ludzie Los despedidos al servicio de la violencia*. Para ambos, los desclasados son

aquellos que han quedado excluidos de la sociedad al considerarse “superfluos desde el punto de vista de la producción material e intelectual”. Es más, el concepto de desclasado presupone que la persona en cuestión ha rechazado las oportunidades que le ofrecen las sociedades del consumo.

Para ambos autores, es esta idea la que permite que los gobiernos nieguen cualquier tipo de política social de reinsertión para los desclasados, ya que se consideran que se han autoexcluido voluntariamente de la sociedad. Pero no se quedan ahí, sino que argumentan que ser un *déclassé* también significa estar alineado con la marginalidad y la delincuencia, ser un peligro para el orden social, lo que amerita algún tipo de control. Bajo estos preceptos, las políticas

^a Doctorando en Industrias de la Comunicación y Culturales. Investigador del Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano.

E-mail: josepsanmartincava@gmail.com



desarrolladas por los actuales Gobiernos ya no tienen que ver con la reinserción propia de los Estados del bienestar, sino con la sospecha, el miedo y el rechazo a estas personas, que son apartadas y tratadas como residuos.

Pero, previa a esta tesis que da razón al libro, Bauman ofrece las claves de este nuevo paradigma social, que lo ha legado todo al mercado, a una idea de progreso basada en el consumo y lo inmediato propios de una *realidad líquida*.

En el primer capítulo del libro, que se titula “Al principio fue el diseño. *O los residuos de la construcción del orden*”, Bauman nos presenta el contexto en el que se desarrolla el ensayo: la creciente precarización del trabajo. Con este propósito, compara el significado del “desempleo” en la modernidad y la posmodernidad. En la modernidad se defendían la ciencia y el orden aplicados al trabajo, llegándose a la conclusión de que el desempleo era una enfermedad que amenazaba la producción, lo que requería políticas de reinserción que aseguraran la buena marcha de la economía. En la posmodernidad se considera, en cambio, que la “enfermedad” es la amplia y creciente disponibilidad de trabajadores en un entorno en el que cada vez se demanda menos empleo. A lo que se suman unos mercados que han encontrado, en la reducción y empobrecimiento de los puestos de trabajo, una manera de lograr mayores beneficios. La producción ya no está amenazada por el desempleo, al contrario. Lo que

sucede es que el desempleo ha pasado a ser objeto de la especulación, con la excusa de la competitividad. Y esta, según Bauman, es la consecuencia de haber pasado de una sociedad de productores a una de consumidores.

Bajo este paradigma, se puede entender que la propia denostación del empleo es un objetivo político para quienes detentan el poder en las sociedades actuales. En consecuencia, para los dueños de los medios de producción, la inversión en políticas públicas no es solo un desperdicio contraproducente, sino que va en contra de sus propios intereses. La voluntad no está en asegurar una masa obrera de la que echar mano como en la modernidad, sino atomizarla, arrebatándole su estatus de “clase”. Por consiguiente, no solo las personas desempleadas ya no son requeridas por un entorno laboral cada vez más paupérrimo, sino que su propia existencia se plantea como una amenaza para los demás. Y ese es precisamente el mensaje que se lanza a la ciudadanía, no que su situación sea por la voluntad extractiva de los mercados.

En el segundo capítulo, “Son ellos demasiados. *O los residuos del progreso económico*”, Bauman introduce por primera vez el término *déclassé*, definiéndolo como un consumidor fallido, un ser superfluo, que por tanto amerita el trato como desecho; en otras palabras, habiendo sido expulsado de la sociedad en términos de clase, tal como se entiende etimológicamente, la única responsa-



bilidad que le queda a los Gobiernos es su contención, su gestión como residuo. Además, este es un problema que se agrava al comprender que vivimos en un mundo superpoblado, donde ya no quedan “tierras infinitamente vastas y fabulosamente ricas” a las que enviar a las poblaciones excedentes. Por lo tanto, a las sociedades de consumo no les queda otro remedio que tratar a estas personas como basura y alojarlas en “vertederos humanos”.

Asimismo, la existencia de vertederos humanos a los que llegan poblaciones excedentes de otros países se aprovecha para difundir falsos dilemas como manera de desviar la atención de los verdaderos problemas. De esta manera, la pretensión de los desclasados a la hora de integrarse en la sociedad, contribuyendo a esta de manera activa, se presenta como una amenaza para quienes ya forman parte de ella. Es así como estas personas, que son víctimas de una mayor vulnerabilidad ante la ley y rechazo social, son además utilizadas por los gobiernos como chivo expiatorio de todos sus males. Es entonces cuando se señala al resto de la ciudadanía que la crisis del trabajo no tiene que ver con la mala gestión de los Gobiernos, sino con la llegada de estos “residuos humanos” desde el extranjero. Personas que no solo compiten por los mismos puestos de trabajo, sino que suponen un peligro para la forma de vida autóctona, lo que a su vez plantea mayores temores en términos de supervivencia.

En la modernidad, según el autor, este tipo de inseguridad fue solventado por el Estado del bienestar en mayor o menor grado. Se lograron mitigar, hasta cierto punto, los miedos individuales socializando los riesgos y haciendo responsable al Estado en la reducción de los mismos. Sin embargo, actualmente el Estado del bienestar está siendo dismantelado progresivamente. A su vez, tal como explica Bauman, esto socava la justificación del ejercicio político ante la sociedad. Si bien el Estado de las sociedades productivas se legitimaba poniendo orden en el mercado laboral, favoreciendo unas condiciones mínimas para la consecución de la vida de las personas, ahora su legitimidad queda en entredicho. Por esta razón, la política ya no pone el foco en las cuestiones socio-laborales que debería resolver, al haber entregado la soberanía de estas decisiones a los mercados, sino en aquello que a nivel simbólico le permite exhibir una estética del poder. Es así como los “residuos humanos” y otros *distractores* se han convertido hoy en el foco de atención de los Gobiernos y sus medios.

Por tanto, es fácil entender que entre las principales iniciativas promovidas por la política está la lucha contra la inmigración ilegal, en tanto que a ella se asocian otras propuestas que pretenden reducir la marginalidad, la delincuencia, el terrorismo y un largo etcétera. En suma, políticas que no resuelven en origen los males de las sociedades de consumo. Lo perverso de este discurso



político es que se esgrime contra los “residuos humanos” que los propios Estados han creado con intereses de mercado. No ha sido otra cosa que el abaratamiento de las condiciones laborales, la deslocalización empresarial y la desregulación del mercado lo que ha generado estos flujos de poblaciones excedentes, que se suman a los desclasados locales. En cualquier caso, este discurso no deja de ser una pose. En estos momentos, a las principales economías del mundo les conviene la disponibilidad de mano barata y la llegada de poblaciones que resuelvan los problemas del envejecimiento de las sociedades de consumo. Además, la amenaza de la propia existencia de los inmigrantes menos exigentes en sus condiciones laborales sirve como acicate para convencer a los empleados nacionales de que aún les podría ir peor.

Otra contradicción que presenta el discurso que criminaliza a los más desfavorecidos, a los inmigrantes, refugiados y otros *residuos humanos*, es que, al mismo tiempo que se mediatiza esta propaganda, las mafias se han globalizado con total impunidad. Y es que, tal como desarrolla Bauman en el tercer capítulo, “A cada residuo su vertedero. *O los residuos de la globalización*”, la criminalidad es inherente a las sociedades de consumo.

Según el autor, la creciente criminalización de las sociedades de consumo es un fenómeno que se debe a varios factores. Para empezar, se ha de tener en

cuenta que la globalización ha permitido a las mafias traspasar las fronteras y mover capitales sin las dificultades que presentan los territorios nacionales, logrando alcanzar mayor riqueza y poder que muchos gobiernos. Otra de las razones que permite la globalización del crimen es que no hay en vigor ninguna ley global que persiga a las mafias. Es más, esta situación ha permitido diluir lo que es lícito y lo que no lo es, gracias a un entorno ampliamente desregulado. Tal como señala Bauman citando a Teubner y Böckenförde, la globalización está “muy distante de la política, sin una forma constitucional, sin democracia, sin jerarquía desde abajo, sin una cadena ininterrumpida de legitimación democrática”. Lo más grave es que lo anteriormente dicho también se aplica en el ejercicio normal de la economía global, sea esta ética o no. De este modo, las élites globales han logrado subvertir los valores democráticos para escapar de cualquier control humano.

Ya no estamos en una sociedad democrática, ni siquiera en lo formal, pues esto supondría el cumplimiento de unos mínimos que garantizaran el contrato social. Muy al contrario, se ha pasado de defender la libertad colectiva, que pretendía hacernos iguales a todos, a la libertad individual, que se justifica solo en comparación con la del otro. Esto ha tenido como consecuencia la ordenación del Estado en una jerarquía de castas, donde se es más libre según la capacidad de consumo, lo que significa



que ya no importa la ética. Lo único que importa es ascender en la jerarquía del modo que sea, pues el propio progreso sirve como excusa de los medios que se empleen. Es así como se entiende que la criminalidad, a partir de cierto nivel, escapa de todo control. Tal como explica el autor, la criminalidad es un problema endémico de las sociedades de consumo, que lejos de reducirse aumenta con el tiempo. Es más, la decadencia de las propias democracias formales tiene que ver con el carácter simbiótico de la criminalidad, las sociedades de consumo y la jerarquía de castas.

Por esta razón, a los Estados les resulta más sencillo ejercer un control policial contra los residuos humanos que combatir el crimen global. De hecho, los espacios destinados a los desclasados –en sus distintas vertientes, ya sea un barrio marginal, un gueto, un campo de refugiados o una prisión– se convierten en los lugares perfectos para el *ejercicio estético* de la seguridad, en el que se invierte cada vez más conforme se desmantela el carácter social de los gobiernos. De este modo, los recursos antes dedicados a lo público, que supusieron cierto bienestar en las economías productivas, ahora se están usando para someter a la sociedad en general y a los desclasados en particular. En esta nueva sociedad del control, vaticinada por Deleuze y Foucault, todos estamos bajo sospecha y todos podemos acabar en el vertedero. No es de extrañar entonces

que la población carcelaria haya aumentado significativamente, olvidando las prisiones su función de reinserción de los reclusos en la sociedad. Las cárceles, tal como explica Bauman citando a David Garland, ahora “se conciben de modo mucho más explícito como un mecanismo de exclusión y control”. Las cárceles, en sí, ya no son lugares pensados para el “reciclaje” de las personas, sino para su “destrucción”.

En definitiva, los distintos vertederos humanos están concebidos para la contención. Y, con este propósito, se han diseñado diferentes espacios específicos para su acumulación, donde puedan ser vigilados en mayor o menor grado. Entre esos espacios se encuentran los campos de refugiados, en los que se concentran los *residuos* de la colonización y la guerra sin la esperanza de volver a sus países de origen ni formar parte de las sociedades que los “acogen”. A su vez, los consumidores fallidos se acumulan en los barrios marginales, donde difícilmente encontrarán mecanismos que permitan su reinserción laboral. Y los delincuentes son hacinados en las prisiones, convirtiéndose en residuos para la gestión de la industria carcelaria. Sencillamente, en estos casos no se busca una solución, porque las sociedades de consumo no pueden, ni desean, ofrecerla. Al contrario, se aprovechan del problema para ofrecer una estética de seguridad y un mensaje de advertencia al resto.



Cada vertedero en sí sirve para inducir diferentes tipos de miedo en las personas. El mensaje es claro: cualquiera puede acabar desechado. Las continuas crisis, las guerras, la inseguridad y los flujos migratorios nos avisan de que nadie está exento de peligro. Se nos prepara así para una vida más precaria. Se intenta que pensemos que necesitamos mayor flexibilidad y soluciones individuales para superar los problemas sociales. Bajo este paradigma, la tendencia disciplinaria del Estado es inevitable, como única fuente de legitimidad frente al deterioro social. “La confianza se ve sustituida por la sospecha universal”. Y así, progresivamente, el miedo acaba haciendo mella, hasta que finalmente surge la demanda popular pretendida por la jerarquía de castas, que exige seguridad personal por encima de todo lo demás.

En el cuarto y último capítulo, “Cultura de residuos”, Bauman concluye que “la modernidad líquida es una civilización del exceso, la superfluidad, el residuo y la destrucción de residuos”. Es una sociedad que ha abandonado la actitud desafiante ante la vida para adoptar una aproximación calculadora hacia ella. Que ha abandonado el pensamiento a largo plazo, la creencia en la virtud que se desprende de la preocupación por lo eterno, que no está dispuesta a esforzarse por lograr algo perdurable. En su defecto, la sociedad busca en el consumo la satisfacción inmediata de

sus anhelos: “Cualquier dilación, toda tardanza se convierten en un estigma de inferioridad”. Lo realmente importante es la posibilidad de adquirir aquello deseado en el momento, aunque su goce sea efímero. La libertad se confunde con el consumo, como cualidad distintiva de la jerarquía de castas.

Por desgracia, tal como avisa Bauman, esta forma de cultura incide con mayor intensidad en los más jóvenes, que ya no conocen ni los valores del estado del bienestar, ni del compromiso más allá de uno mismo, ni de la creación por encima del consumo. En sí, la propia palabra *consumo* implica la destrucción de aquello que se posee, lo que empuja necesariamente a consumir otra cosa si no existen otros valores y propósitos. Las propias personas nos hemos convertido en consumidores y objetos de consumo, fácilmente reemplazables, tristemente desechables. Por esta razón, estamos abocados a relaciones cada vez más líquidas, a un endeudamiento continuado, a la satisfacción cultural mediante experiencias cada vez más momentáneas y a la finitud del pensamiento, de los propósitos culturales de las sociedades de consumo.

Como apunte final, cabe destacar la aportación de Bauman al relato de Orwell, para aclararnos que ahora, al viejo Gran Hermano dedicado a la vigilancia continua del espacio público y privado de las sociedades actuales, se ha sumado un Nuevo Gran Hermano. Este



nuevo congénere, situado en los límites establecidos entre los consumidores válidos y los consumidores fallidos, se dedica a la vigilancia y contención de

los residuos humanos abocados al vertedero. Así, la vigilancia de la “inclusión forzosa” se completa con la vigilancia de la “exclusión forzosa”.

